La última estrategia

A. B.Carrasquero

Image not found.

Capítulo 1

Registrado En Safe Creative Bajo Licencia De Todos Los Derechos Reservados ©. Queda RIGUROSAMENTE Prohibida la Reproducción, la Adaptación, el Plagio y Toma de Ideas, Parcial o Total, de Ésta Obra. Código de registro: 1606258216041 Fecha de registro: 25-jun-2016 21:44 UTC

INICIA LA CUENTA REGRESIVA EN:

MENOS 20...

Y CONTANDO…

Caminaba por la calle a oscuras, escondiendo sus manos en los bolsillos de su chaqueta, escondiendo su rostro con la ayuda de su sombrero y de la oscuridad por donde transitaba. Él era importante. Y aunque había escapado justo a tiempo antes de que lo atraparan y lo asesinaran los Condensadores socialistas, sabía que el bando de la Mano Izquierda debía estar al tanto de que él estaba involucrado en el último grupo rebelde de Venezuela, con el fin de acabar de una vez por todas la Tercera Guerra Mundial.

La vida en la tierra ya era inmunda, viciada por la muerte y la contaminación; la mitad de la tierra ardía en llamas, y la otra mitad estaba por tener el mismo final.

Pero debía ocultarse en ese preciso instante de los Condensadores socialistas: ese plagio barato y peligroso de la Gestapo de la Segunda Guerra Mundial, pero con el sello HECHO EN VENEZUELA, donde la libertad de expresión, la libertad sexual y el acaparamiento, especulación y robo de los pocos alimentos que quedaban eran, en lo absoluto, el pecado mortal de todo hombre. Sin embargo, la adquisición de armas ilegales, atentados a edificios rebeldes y violaciones o maltratos físicos e inimaginables por parte de los Condensadores socialistas a cualquier inocente, era legal.

¡Qué injusta era la vida!, podría decir cualquiera. Pero más injusta era la clase de raza humana, primitiva y sadomasoquista que solo se alimentaba de la tortura y la destrucción, que había evolucionado durante miles y millones de años.

Todo el meollo de la Tercera Guerra Mundial era una invención más de los Socialistas para hacer populismo y llamar la atención; una forma fácil de idiotizar a las personas ignorantes que los apoyaban, mientras que el

mismo gobierno venezolano aniquilaba con el uso de armas potentes que Rusia le obsequió a países hermanos como Colombia y Ecuador, que ardían en llamas en esos momentos de oscuridad venezolana…, donde el racionamiento de luz volvió como consecuencia del despiste habitual de los dirigentes ignorantes del país.

Sin embargo la presencia de J-J5 por la oscura calle era totalmente justificada, si alguien se hubiera detenido y preguntado lo ocurrido minutos antes…

Capítulo 2

MENOS 19...

Y CONTANDO…

J-J5 era el código Socialista que había sido tatuado en su antebrazo injustamente. Pero cómo negarse, si la Empresa PAN era el único sustento que los venezolanos —y su familia, por supuesto— tenían para vivir. Había salido del trabajo después de sus labores rutinarias en la empresa, recordando lo que sucedido durante su estadía en el baño cuando apenas se terminó de abotonar su camisa manga larga.

Sus dos amigos: Mark (M-J6) y Alejandro (A-J4) irrumpieron en el baño de paredes adoquinada por baldosa, con un denso olor a humedad que fue sustituido por el rancio del sudor de ambos hombres, quienes veían a su amigo con aprensión y duda.

—Queremos hablar contigo, J —dijo Mark.

J-J5, de cabello rubio y despeinado. De unos veintiocho años, alto y marcados músculos gracias al constante movimiento de maquinaria pesada en las instalaciones de la Empresa, alzó la cabeza hacia sus amigos, cerrando el casillero con sus pertenencias.

—Sí, está bien. Pero que sea rápido. Tengo cosas personales qué hacer.

—No te tomará ni dos minutos —aseguró Alejandro.

—Vale, ¿y qué es, si se puede saber?

—¿Eres Condensador o Inductor? —preguntó Alejandro, sin rodeos.

Los ojos de J-J5 se abrieron de par en par, y se volvieron blancos como platos.

—¿A qué va esta pregunta? —quiso saber, tartamudeando.

—Solo responde —pidió Mark— ¿Eres Condensador o Inductor?

—Creo que no me he decidido por alguno de los bandos.

—Está bien. —Mark asintió—. ¿Cuál idealismo político sigues?

—¿A qué va todo esto, amigos? No entiendo nada de lo que quieren de mí.

De repente, Alejandro agarró por los hombres a J-J5, lo pegó contra la pared y acercó su rostro a un palmo de distancia como si quisiera besarlo; pero solo sentían sus respiraciones agitadas por el miedo a que alguien externo los escuchara y los delatara. Toda la misión que Alejandro y Mark hacían, podía venirse abajo si la respuesta de su mejor colega, su compañero del alma, era la que menos esperaban.

—Te lo diremos si nos respondes nuestra pregunta —susurró Alejandro.

J-J5 asintió con su cabeza, aterrado por aquella situación.

—No apoyo al bando Condensador… al Socialismo, por así decir.

Y, creyendo que su amigo lo golpearía, Alejandro lo soltó y alisó las hombreras de la camisa que se arrugaron tras la embestida. Mark sabía que J-J5 volvería a hacer la misma pregunta, así que él se adelantó diciendo:

—Somos Inductores, J, y te necesitamos para completar nuestro número de hombres e ir contra el presidente Sarillo.

J-J5 sintió un vuelco en su corazón ante aquellas palabras. Era una completa locura ir en contra del presidente, hacerle un atentado o asesinarlo, ya que estaba siempre protegido por guardias Condensadores que él contrató con fines ya sabidos por más de uno.

J sacudió la cabeza.

—No pienso hacerlo. Yo no puedo…

—J, tienes que entender…

—¡Lo entiendo, Mark! Pero tengo familia: una esposa y una niña muy enferma.

—Y si no asesinamos al presidente para que la NOM tome posesión de Venezuela y ponga fin a la Guerra latinoamericana, tu hija y tu esposa terminarán hechas cenizas… —dijo Alejandro—. Todos nosotros terminaremos hechos polvo.

—¿NOM? —preguntó J-J5, mirando a sus amigos de hito en hito.

—La Nueva Orden Mundial —respondió Mark—. Nos han contratado como los últimos rebeldes Inductores de Venezuela para ponerle un alto a Sarillo. Dos países ya arden en llamas bajo el nombre de nuestro país, nuestra gente muere diariamente por Condensadores Militares y nosotros,

sin la ayuda de ningún otro partido político, podemos poner un gran grano de arena con la ayuda de la NOM. —Mark se acercó a J colocando sus manos en los hombros de su amigo, para sacudirlo con suavidad—. Tu hija está enferma ¿no? ¿Qué pasaría si no llegaras a encontrar el medicamento que buscas? ¿El que le salvará la vida?

—Haría lo imposible por conseguirlo.

—Pero lo imposible significa asesinar a tu propio vecino o… —vaciló en lo que iba decir, pero al ver que con cada palabra convencía a J, decidió soltarlo—: asesinar a tu propia hija.

—¡Eso jamás! —exclamó, quitándose las manos de Mark de sus hombros.

—Entonces, ayúdanos a mejorar este país; ayúdanos a que la NOM nos logre salvar, logre crear y mantener la paz en Venezuela y en toda Latinoamérica, para tener los recursos que necesitamos.

—Yo… —Se calló, pues una alarma aulló en toda la Empresa PAN seguido de explosiones, gritos de hombres que corrían por el pasillo contiguo al baño, y más detonaciones ensordecedoras.

Capítulo 3

MENOS 18...

Y CONTANDO…

Habían dado toque de queda a eso de las seis y media de la tarde, donde la luz vespertina intentaba colarse por las nubes contaminadas que se hallaban en el cielo. También fue la oportunidad de J-J5 cuando logró entrar a la farmacia SAAS, comprar el Acetaminofén para su hija —el último que quedaba— y salir de allí como alma que lleva el diablo; hasta que la noche cayó de pronto. Mientras caminaba, doblando la esquina y entrando por el sendero que daba directo a su casa en la urbanización Valle Lindo, pensaba una y otra vez que alguien los había descubierto en el baño. Que alguien los había delatado, que alguien había escuchado lo necesario, informado lo requerido a los Condensadores e iniciado el toque de queda de la manera más cruel del mundo: destruyendo la única Empresa que sustentaba alimentos a Venezuela.

—Todos los habitantes venezolanos lloran ante esta pérdida —había dicho la reportera del noticiero, teniendo como fondo las instalaciones de la Empresa PAN ardiendo en llamas—, así como también lloramos por el ataque injusto de Venezuela a Ecuador y Colombia. El presidente Germán Sarillo declaró toque de queda, e hizo un llamado a la calma al pueblo venezolano ante la escasez de productos alimenticios, declarando que gracias a la conquista territorial de lo que fue hace más de mil años «La Gran Colombia», el sector productivo aumentará notablemente para los siguientes días.

Pero si de algo estaba seguro J-J5 mientras divisaba su casa a tres metros de distancia, era que ni habría producción de alimentos para los siguientes días, que sus amigos tal vez yacían muertos y que la vida ya no valía en Venezuela. Eso también lo había dicho la reportera. Su turno le había tocado, y la farmaceuta —con semblante inexpresivo— buscó las únicas dos cajitas de Acetaminofén que le tendió a cambio del dinero que valían.

—… Pasamos con la reportera Gina Florentino desde Caracas, Venezuela —anunció el presentador de noticias.

—Gracias por el pase, Alonso —dijo la reportera, teniendo como escenario una movilización de helicópteros y Drones en el cielo, yendo de un lado a otro—. Me encuentro en la localidad de San Casimiro donde se han reportado más de cincuenta suicidios y veintinueve homicidios, por parte de un Pram llamado «El Tocorito». Lo cierto es, que una de las víctimas de suicidio dejó una nota manchada de sangre que dice: «Ya no vale vivir en Venezuela, prefiero vivir en el cielo o en el infierno, o quién coño sabe

dónde…»

Todos los pensamientos de J-J5 se esfumaron cuando un helicóptero sobrevoló su casa a toda velocidad, haciéndolo volver en sí para entrar a su hogar, cerrar la puerta con todos los cerrojos y candados posibles, y oír a su esposa detrás de él decir:

—¡Oh, Dios! Pensé que algo malo te había pasado.

Apenas giró sobre sus talones, la abrazó con fuerza.

—Alicia y Galinda me llamaron preocupadas. No saben nada de Mark ni Alejandro.

—Yo sí —respondió J, asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo está Mary?

Karla, la esposa de J-J5, suspiró sacudiendo la cabeza.

—Le aumentó la fiebre, pero se le calmó la tos.

—¿A cuánto le aumentó?

—A cuarenta y ocho grados. Y… —Sus ojos se anegaron en lágrimas— está orinando sangre… —Se echó a llorar para abrazar a su esposo con fuerza.

—Traje el medicamento. No es mucho, pero tengo fe de que funcione— Aunque sea para que viva unos días más. Pensó.

Karla se separó de su marido quien le tendió la bolsa de los medicamentos, oculto dentro de uno de los bolsillos de su chaqueta; la chaqueta que agarró cuando Mark y Alejandro también salieron corriendo tras él, mientras la Empresa PAN era atacada por Condensadores.

—Te tengo que hablar de Alejandro y Mark. No sé si están vivos, pero… —Fue interrumpido cuando el teléfono de la casa repicó.

Capítulo 4

MENOS 17...

Y CONTANDO…

Mientras que Karla hablaba con Alicia —la esposa de Mark—, J-J5 le había quitado de las manos la bolsa de medicamentos a su mujer, la abrió y sacó una caja de Acetaminofén para extraer de adentro una mísera pasilla blanca. Buscó un vaso con agua y entró en la habitación rosada y fucsia de su hija, quien se hallaba postrada débil y pálida en la cama. Los ojos de la pequeña de siete años se deslizaron hacia el umbral, dibujando bajo estos una hermosa sonrisa torcida y, de igual modo, cansada.

—Papi —dijo—, llegaste.

—Sí, mi pequeña. Y te traje la pastillita que te podrá mejor.

J se sentó al lado de Mary para darle su pastilla. Cuando se tomó el medicamento —necesitando mucha ayuda y agua para poder tragarla— la acostó de nuevo, despejándole los cabellos de la frente sudorosa.

—Te pondrás mejor.

—Gracias, papi. Eres mi héroe.

—Lo sé, mi pequeña. Y tú eres mi princesa favorita, ¿lo sabías?

Ella intentó reír, pero la tos volvió: seca y sonora, como si quisiera desgarrarle los pulmones. Cuando por fin Mary logró controlar su tos, la voz de Karla llamó a J a sus espaldas, haciendo que él la mirara por encima de su hombro.

—¿Qué era lo que me tenías que decir de Alejandro y Mark?

Capítulo 5

MENOS 16...

Y CONTANDO…

Se lo contó todo: desde que ellos llegaron al baño hasta que sucedió el ataque a la Empresa PAN, que ahora no era más que un cúmulo de escombros y muertos. Pero por suerte, ninguno de sus dos mejores amigos resultaron heridos ni fueron hallados como fallecidos, sino que salieron sanos y salvos de las garras de los Condensadores.

No obstante, la decisión arbitraria de Karla hizo que el rostro de J-J5 se crispara de horror.

—¡¿No lo entiendes?! —preguntó exaltada, sus ojos refulgían de entusiasmo.

—Claro que lo entiendo, pero baja la voz.

—La NOM logró calmar la eterna batalla entre ISIS y Estados Unidos —prosiguió ella—, también la guerra de Afganistán y puso fin a todo evento bélico en esas regiones. Nosotros no habíamos llegado a ese momento de tensión, pero al parecer, por lo que me has contado, ya ha llegado. ¡Y es maravilloso! Tú, ¿un Inductor? Salvarías vidas, y nuestra pequeña lograría recuperarse si los medicamentos necesarios vuelven a entrar a Venezuela.

—Amor, amor, amor… —Le llamaba él, siendo ignorado por las palabras de alegría y entusiasmo de su esposa—. ¡Karla! —espetó, atrayendo su atención. —Esto no es un juego, ¿entiendes?

Acto seguido, se levantó de la silla para enseñarle su nombre tatuado en su antebrazo: J-J5621 —o como muchos le llamaban, J-J5—, se advertía con total claridad aquellas dos letras negras separadas por un guión, seguidas de una numeración en código grabadas en la pálida piel de J.

—Estoy tatuado. Y a donde quiera que vaya, este código solo traerá problemas.

—Mark y Alejandro lograron quitarse ese código del brazo con algún ácido que algunos Inductores sobrevivientes crearon, pero no te vayas a preocupar por eso. Muchas personas rebeldes lo tienen y lo ignoran.

J asintió, suspiró y bajó la mirada. Karla puso su mano sobre el hombre a

su marido diciéndole:

—No tengas miedo, hazlo por nuestra hija.

—Trabajaba en la empresa por ustedes… ahora está destruida y … y nuestra hija está enferma y la situación se agrava.

—Y se agravará si no se detiene al presidente Sarillo con sus Condensadores asesinos y sus invasiones innecesarias. Mira: hemos vivido mucho tiempo en paz y creo que es hora de que alguien haga algo importante; y ese alguien eres tú.

J-J5 levantó la mirada. Sus ojos lanzaron un encantador destello que casi iluminaron su rostro.

—¿Eso crees? Porque ser la solución, ser esa persona destinada a acabar con una guerra (y más la Tercera Guerra Mundial), parece algo absurdo y muy… no sé… me recuerda a las historias que leía cuando era joven.

—Bueno, imita a uno de los personajes de esas historias. Una guerra no se acaba si no se asesina a la cabeza de todas las operaciones malévolas; porque si se intenta destruir la cola, solo se pondría peor la cosa.

J-J5 enarcó las cejas.

—Lo que quiero decir—dijo Karla—, es que hay que asesinar al presidente y dejar que la NOM se encargue del res… —Fue interrumpida cuando el teléfono repicó.

Enseguida, Karla se acercó, lo agarró y deslizó el pulgar por el botón táctil que brillaba de un amarillo fluctuante, pasando a un verde fluorescente. Se llevó el auricular al oído.

—Habla Karla. —Su voz sonó firme como cuando era enfermera en el Hospital Central, pero su semblante (también resuelto) cambió de pronto, vacilando y poniéndose pálida a cada minuto. J-J5 se impacientó, y cuando iba a preguntar lo que sucedía, Karla se adelantó tendiéndole el teléfono.

J lo agarró y preguntó en un movimiento con los labios un «¿Quién es?», a lo que Karla respondió de la misma manera: «Alejandro». J-J5 asintió, se llevó el auricular a su oído derecho y se alejaba lentamente de su esposa, cuando preguntó:

—¿Alejandro?

—Escucha bien, J, ¿me escuchhhh…has? —La voz se había entrecortado

por la estática.

—Algo. La señal no anda muy buena.

—Okey. —La voz de Alejandro ahora sonaba robótica, similar a los Condensadores Militares—. Sal de tu casa ahora mismo. No por la puerta delantera porque por allí vienen los Condensadores, sal por tu… —la estática distorsionó las siguientes palabras del mensaje que alteraron a J-J5, y con ello a Karla quien se llevó la mano la mano derecha al pecho, con los ojos abiertos de par en par.

—Alejandro, ¿aló? No te entiendo nada, ¿puedes repetir?

—Que no salgas por la puerta… —otra vez la distorsión— ‘ntera.

—¿Ah?

—¡Sal por la puerta trasera!—gritó el hombre, obligando a J-J5 alejar su oído del auricular— ¡Y ahora mismo! Estamos en la esquina de la calle que da a tu casa, y los Condensadores están buscando a los Inductores que estuvieron en la Empresa PAN… Nos quieren cortar la cabeza. Date… —otra vez la distorsión— ‘sa.

—De acuerdo. —Sin mediar más palabras, colgó el teléfono, volvió su mirada hacia Karla cuyos ojos casi salían de sus órbitas y le dijo—: Vístete y viste a Mary, tenemos que irnos.

—¿Qué?—preguntó, alterada— ¿Por qué?

—Los Condensadores ya se acercan, y Alejandro nos está esperando.

Aquello fue suficiente para que el corazón de Karla diese un vuelco mientras corría hacia la habitación de Mary. Entretanto, J-J5 tenía otras labores pendientes para los pocos minutos que quedaban. Se llegó a la cocina, agarró una bolsa de una de los cajones de la alacena y se llegó a una gaveta donde empezó a sacar todas las latas de sardina, atún, tomates, albaricoque y cualquier cosa enlatada que había allí. De la nada un Dron de Combate sobrevoló su casa a toda velocidad, emitiendo un silbido supersónico impresionantemente ensordecedor y fuerte, que sacudió las ventanas de cristal. En la habitación de Mary, se escuchaba a Karla decirle a la pequeña niña que tenían que irse, y Mary respondía que tenía frío, que no se sentía bien; a lo que Karla replicaba con suma ternura —y un dejo de melancolía en su voz— que se pondrá mejor, que debía ser fuerte y dar lo mejor de sí.

Sin embargo, cuando acababa de decir aquellas palabras, J-J5 reparó en la nave plateada con el escudo de armas de los Condensadores Socialistas: una esvástica donde se encontraba una gorra roja militar —la

que usó el tan mencionado Chávez hace más de cien años—, rodeada de un círculo hecho con armas y dos alas de un ave como si quisiesen tomar vuelo. La nave volaba rodeada de varios Drones de Combate, y cómo hubiese deseado J que aquellos drones volaran en pedazos la puta nave plateada cuyo zumbido se hacía cada vez más fuerte.

—Estamos listas —dijo la voz vacilante de Karla— ¿Cariño?

—Vamos por la puerta trasera.

—Pero los vecinos cercaron sus patios…

—Los saltaremos. No es recomendable salir por el frente. Vámonos. —Le hizo un nudo a la bolsa, agarró el hombro de Karla quien cargaba a Mary (que tenía los ojos grandes bajo moradas y profundas orejas) para echar a correr por la sala a la puerta trasera, abrirla y salir por allí.

J-J5 maldijo en su mente a Mark y a Alejandro por haberlo metido en aquel problema que no traía nada bueno entre manos.

El zumbido de la nave se hizo audible para luego entrecortarse mientras aterrizaba con rapidez. Se escuchó un largo silbido similar a un suspiro que hizo saltarle el corazón a Karla. La senda por la que J-J5 había entrado pudo haber sido un buen lugar para escabullirse, pero la ciudad era un lío y los Condensadores también merodeaban por esos lados mientras las personas saqueaban, asesinaban y robaban todo lo que podían. Solo quedó saltar la primera valla de la vecina de al lado, y seguir adelante. No obstante, cuando J fue a pasar la valla, divisó la larga pasarela de la nave pisar suelo y descender con paso firme a modo de marcha a los Condensadores Militares: una especie de robot con largas piernas y brazos metálicos que eran delgados como huesos, y sostenían en ese momento sus pistolas láser. Tenían un torso rectangular con el símbolo del Socialismo en el lateral derecho del pecho, y en el izquierdo unas lucecillas que parpadeaban. A su vez, poseían una cabeza con un ojo que brillaba de rojo, por el cual veían todo a largas distancias.

Menos a los fugitivos de ese momento.

—¡J, vamos! —susurró Karla, casi eufórica.

Debían aprovechar. La casa de la vecina estaba apagada, la oscuridad de ese lado de la urbanización era perfecta para escabullirse; sin embargo, no dio ni cinco pasos cuando una nave pasó por encima de ellos y dejó escapar un misil que cayó justo en la casa en la que vivieron, explotándola. J-J5 cayó de bruces, soltó la bolsa de lata —el único recuerdo de su casa destruida— para arrastrarse como una iguana, asilar con fuerza y echar a correr, saltar las demás vallas con su familia, hasta

que escuchó la voz de un Condensador decir:

—¡Agalá-Agalá! ¡Tras ellos!

—¡CORRE! —rugió J-J5, apurando el paso.

Intercambió a su hija, quien le abrazó el cuello con fuerza —estando rota en lágrimas— por la bolsa de latas que Karla agarró con fuerza, para seguir corriendo detrás de su marido, mientras los Condensadores rodeaban la casa de la vecina para abrir fuego hacia ellos. Las balas láseres pasaban de largo, algunas se desvanecían por la larga distancia obligando a los Condensadores a seguirles el paso a toda marcha. La esquina de la calle que daba a la casa de J-J5 estaba solitaria; no había ni auto, ni Alejandro, ni Mark ni na…

Repentinamente un auto blindado de color negro con el símbolo de los Inductores —una I rodeada de ramas de olvido doradas— apareció de la nada, doblando a la derecha en dirección hacia los fugitivos y sus persecutores. Las luces delanteras fluctuaron, el claxon retumbó en el jaleo y los Condensadores también abrieron fuego hacia el auto supersónico, cuyas balas láseres le hacían el menor daño. Más bien, parecían hacerle cosquillas.

—¡Retirada, retirada! —gritó uno de los Condensadores, nervioso.

Aquello calmó un poco a J y a su esposa, pero lo siguiente los alteró:

—¡Agalá-Agalá ¡Bombardeen la urbanización, ahora!

El auto blindado aceleró, los propulsores inferiores del vehículo brillaron como nunca antes para arrollar a los robots socialistas y despedirlos por los cielos, precipitándose y desarmándose como hojalatas inservibles. Acto seguido, el chófer de aquel auto retrocedió de manera salvaje, para poner el auto en marcha hacia adelante y acercarse a los fugitivos, deteniéndose. Una puerta se abrió y Mark dijo:

—¡Suban, no hay tiempo!

La puerta trasera se abrió, Karla se subió, recibió a Mary de brazos de J-J5 y ambas ya estaban dentro. Pero cuando J se fue a subir al auto blindado, advirtió la flota de Drones y naves que se aproximaban para el bombardeo a su propia gente… a los inocentes de una urbanización. Aquello le pareció sumamente injusto, y lo último que pensó antes de subirse al vehículo fue: «Si mi destino es ser Inductor, lo haré por todos los caídos».

Capítulo 6

MENOS 15...

Y CONTANDO…

URBANIZACIÓN VALLE LINDO DE CARACAS, BOMBARDEADA POR CONDENSADORES SOCIALISTAS. NO SE REPORTAN SOBREVIVIENTES

Aquellas palabras eran los que dominaban las bandas de color rojo de los noticieros del país.

Ya para las altas horas de la noche, J-J5 y su esposa, junto con Alejandro y Mark, habían llegado al refugio de los Inductores: una rústica estructura hecha de cemento y techo de cinco o cuatro láminas de zinc, en el que pendían algunos bombillos blancos alumbrando el vestíbulo lleno de hamacas, colchones extendidos en el suelo donde dormían algunos hombres y literas, en donde otros hombres descansaban. Sin embargo, el capitán de la Armada de Inductores no descansaba, sino que se encontraba despierto, recibiendo a los nuevos integrantes a la legión rebelde de Venezuela.

—Es un placer conocerlos. ¿Se encuentran bien? —dijo el capitán, cuya voz gruesa y potente daba a entender que podía gritar órdenes a largas distancias; y al mismo tiempo, intimidar a quien fuera.

—Sí —respondió J-J5, viendo a Karla y a Mary llorar—. Estamos algo bien.

—De acuerdo. Les hemos preparado una cama para que descansen.

—No hay tiempo de descanso, capitán —terció Mark—. Han atacado una urbanización entera…

—Eso lo sé, soldado, pero tampoco podemos empezar a mover piezas como locos. La NOM quiere hablar primero con el señor J-J5, entablar una alianza y un trato justo en esta estrategia de batalla para poner fin a la guerra.

J-J5 quería hablar, quería decir algo, pero Alejandro se adelantó preguntando:

—¿Ha habido otro ataque, capitán Strauss?

—Perú perdió la batalla contra Venezuela, y Panamá la ganó por suerte. Pero el teniente Sanz ha logrado hackear la comunicación del Centro Espacial de Condensadores Socialistas de Caracas, y estamos averiguando

todos sus planes; en especial el dónde localizar la desactivación de la barrera invisible y la ubicación exacta de Sarillo.

—¿Barrera invisible? —preguntó J-J5, viendo a los tres hombres de hito en hito con ojos grandes y blancos como platos.

Mark susurró un «Con permiso» para indicarle a Karla y a Mary donde debían descansar esa noche. Por otro lado, el capitán Strauss se acercó a J y puso su mano en el hombro, diciéndole:

—Vé a hablar con la NOM. Ellos te contarán todos lo que tengas que saber.

Capítulo 7

MENOS 14...

Y CONTANDO…

El refugio daba un aire desalentador para la clase de actividades que solían hacer los Inductores, pero no era más que un lugar donde estarían momentáneamente. J-J5 se había llegado a la habitación acompañado por el capitán Strauss, quien abrió la puerta cuyos goznes chirriaron para irrumpir en el pequeño ambiente claustrofóbico y caluroso. En el centro se alzaba una mesa redonda de metal, coronada de botones y una enorme bombilla en el centro, siendo el holograma de comunicaciones.

El capitán Strauss presionó varios botones para activar la llamada holográfica. Durante la estadía de J-J5 en la Empresa PAN, decían que los integrantes de la NOM eran tan perfectos que solían llamarlos extraterrestres, algunos les denominaban androides, y algunos —los Condensadores— les decían Hijos del Engendro, por traer la paz a su modo. El miedo de saber lo que encontraría cuando el holograma se activara, le abrumó.

De repente la bombilla de la mesa brilló hacia el techo con unas letras en el centro, flotando

LOADING…

Que duraron unos breves minutos, dando paso a una encantadora mujer que dijo:

—Buenas noches, capitán Strauss. Me preguntaba por qué no se había comunicado con nosotros antes.

—Ha habido pequeños inconvenientes. —Y aquellas palabras fueron seguidas de una nave surcar a toda velocidad el techo del refugio—. Quiero hablar con la Senadora.

—La Senadora Koruba está terminando una reunión con el Consejo Iraquí.

—Entonces esperamos.

Así hicieron. Esperaron unos eternos minutos donde la mujer recepcionista desapareció dejando la llamada en espera, en el cual una armoniosa canción de ascensor rodeaba el lugar e impacientaba absolutamente a J-J5. De la nada, la imagen cambió. Esta vez mostraba a una mujer de cabello —al parecer rubio, pero no lo supo con claridad por el color azul

del holograma— corto ladeado a un lado, una piel blanca, unos labios carnosos y pintados al igual que sus ojos (que eran rodeados por un delineador negro) apareció ante ellos.

El capitán Strauss se sobresaltó y dijo:

—Senadora.

—Capitán. —Se dirigió a J-J5, lo miró con recelo y preguntó al capitán Strauss—. ¿Es él?

—Así es.

—Si me permite hablar con él en privado…

—Sí, Senadora.

El capitán Strauss hizo un saludo militar para salir de la habitación dejando a J-J5 con la Senadora más importante de la Nueva Orden Mundial; la que llevaba toda la operación para acabar con la Tercera Guerra Mundial.

J-J5 quiso saludarla, decirle algo como un agradecimiento, pero fue interrumpido cuando la Senadora Koruba le dijo:

—¿Ve ese vaso que está en esa mesa, en el rincón?

J-J5 lo vio.

—Échese el líquido en el brazo donde tiene el tatuaje —le indicó la mujer, con voz serena y firme.

J-J5 caminó hasta la mesa agazapada en el rincón, agarró el vaso y olió el contenido. Olía a barniz de uña. Y pensó que era barniz hasta que, encogiéndose de hombros como indiferente al contenido del vaso, vertió el líquido sobre su antebrazo sintiendo cómo ardía la solución homogénea de color oscuro. J gritó de horror y de dolor mientras aquella sustancia se carcomía el tatuaje.

—A partir de ahora se dejará de llamar J-J5.

—¿Y cómo me llamaré? —preguntó, jadeando en busca de oxígeno que parecía no haber en aquella habitación. El ardor era insoportable.

—Se llamará, o lo llamaremos, soldado James. La NOM tiene intenciones positivas con Venezuela y el presidente no lo quiere tomar en cuenta por su posición política algo errónea… algo antigua, por decirlo así. Activar la Carta Democrática como hace 984 años es cometer los mismos errores

que en el pasado, y la NOM quiere ahorrarse ese papeleo e ir directo al grano.

»Así que hemos creado una operación llamada «La última estrategia». Que consiste en que usted mate al presidente, quien es el portador real del collar que mantiene con vida a la barrera invisible que bloquea la frontera y las costas venezolanas. Usted ha sido el último recluta en esta operación, soldado James, ¿y sabe por qué?

—¿Por qué? —quiso saber él, sintiendo su brazo arder, pero sin el código tatuado en su piel.

—Porque usted fue el afortunado de haber escapado con vida de los Condensadores. El resto de los Inductores no tuvieron la misma suerte, y perecieron. Así que, aproveche esta valiosa oportunidad en «La última estrategia» porque de lo contrario…

—¿De lo contrario qué? —interrumpió el soldado James, sintiendo su corazón brincar de pánico.

—De lo contrario, Suramérica será bombardeada con dos de nuestras bombas termonucleares. En pocas palabras: haremos desaparecer ese continente en un solo ataque.

Los ojos de J-J5, ahora soldado James, casi salían de sus órbitas. Aunque cualquiera pensara que la NOM era una organización de monstruos asesinos —peores que el presidente Sarillo y los Condensadores Socialistas—, parecía, de cierto modo, la mejor opción para acabar de una forma arbitraria la Tercera Guerra Mundial.

—Mírelo de esta manera, soldado James: cuando una pequeña amenaza se vuelve grande e indetenible, y la gente se acostumbra a que esa amenaza gobierne sus vidas y otros instruyan a sus hijos en seguir los designios de ese mal; lo mejor es eliminarlo a través de la purgar, y empezar de cero. Así trabajamos en la NOM: no repetimos el pasado en este futuro tempestuoso.

»Entonces le pregunto: ¿está con nosotros?

El soldado James vaciló. Al cabo de unos segundos, respondió:

—Lo haré por Venezuela y por la gente que ha muerto… Me sabe a mierda lo del Nuevo Orden y esa mariquera, porque de todos modos estamos muertos.

—Bien dicho, soldado. Vaya con el capitán Strauss. Ya debe estar

preparando las tropas para la operación.

—¿Qué? ¿Ya iniciará?

—El enemigo no descansa, soldado. —La Senadora Koruba era provocativamente sexy. Tenía embobado a J-J5 (además de la situación), pero la mirada que le clavó no fue como la anterior; pues esta parecía penetrar en su alma, viéndole los sesos con muchos detalles para añadir—: Y si tenemos que acabar con el enemigo, es en estos momentos. Cambio y fuera.

La comunicación se cortó y J-J5 temblaba de pies a cabeza por lo que sucedería más tarde. De algo quizá estaba seguro: no vería a su hija y a su esposa nunca más.

Capítulo 8

MENOS 13...

Y CONTANDO…

—¡Nosotros no quisimos destruir esa urbanización…!—decía el presidente Sarillo en una Cadena Nacional de radio y televisión, en el Paseo Los Próceres de Caracas—… Pero fuimos obligados por un traidor llamado J-J5.

J-J5, el soldado James, se llegó a la mesa de la segunda sala del refugio donde estaban reunidos todos los hombres que lucharían —en total eran diez, y todos con experiencia militar—, planeando la táctica para irrumpir en el Paseo abarrotado de adoradores del presidente y rodeado de Condensadores armados.

Pero, lo que le puso la piel de gallina a J, fue cuando el presidente mencionó su nombre con desdén, con odio, con rabia…, con repugnancia.

—¡Además, camaradas socialistas! —Seguía vociferando el presidente Sarillo—. Venezuela no está pasando por ninguna crisis ni guerra como hace 984 años. Eso es pura perorata de los Inductores que encontraremos y aniquilaremos, ¡incluyendo a ese tal J-J5! —Y una muchedumbre de seguidores aplaudieron, enloquecidos.

De pronto una mano cayó sobre el hombro del soldado James, quien miraba como quedo el televisor, sobresaltándose. Era el capitán Strauss.

—J-J5 ya no existe, soldado. Ahora formas parte de los Inductores de la Nueva Orden Mundial. Bienvenido.

—Gracias…, capitán. —El soldado le miró con ojos compasivos.

El capitán sacó una gran pistola que le entregó a J.

—¿Has manejado algún arma en tu vida?

—Solo una vez —respondió J-J5, examinando la pistola—. El revólver de mi padre.

Varios hombres que rodeaban la mesa y maldecían por lo bajo a Sarillo y la gentuza que lo escuchaban, rieron a mandíbula batiente por las palabras de J-J5. Uno de los hombres, llamado Carlos, preguntó:

—¿Ese revólver tiene balas?

—Sí, tiene balas.

Y más risas. Algunos se golpeaban los muslos y otros se ahogaban, privándose.

—No entiendo cuál es el chiste —comentó el soldado James, desconcertado.

—Fácil —replicó Mark, quitándose las lágrimas que salían de la comisura de sus ojos—. Esa arma no se utiliza desde que crearon las pistolas láseres: mayor potencia, mayor alcance, mayor rapidez al matar; las balas se dejaron de usar por la pólvora y la contaminación ambiental.

—De igual modo la capa de ozono no existe, Mark —terció Alejandro—. Ya eso dejó de existir hace mucho.

—Lo que tienes en tus manos, soldado James, es un Torpedo-Magnum… de la NOM —dijo el capitán—. Tiene mayor potencia, mayor nivel de destrucción, mayor alcance y mayor lo que menos piensas que tiene. Vamos, te enseñaré a disparar con esa cosa.

—Oiga, capitán. —Llamó un hombre delgado de piel blanca y curtida de mugre; tenía una franelilla, unos pantalones sucios y un rostro repleto de acné—. ¿No será mejor darle una pistola láser común? Digo, los Torpedo son para los machos como nosotros.

—No —respondió el capitán, inexpresivo—. Recibo órdenes de la Senadora y usted de mí, así que cierra tu boca y prepara a los hombres para la batalla.

—Sí, mi capitán. —El soldado Briceño hizo un saludo militar.

El capitán y el soldado James fueron al patio; no sin antes que el segundo lanzara una mirada sobre sus hombros y viera a su esposa, también viéndole. Ella le sonrió y desapareció cuando la puerta se cerró, al atravesar el umbral.

Capítulo 9

MENOS 12...

Y CONTANDO…

El Torpedo-Magnum no era ningún juguete, y si un niño se atrevía a disparar aquella arma de seguro sus intestinos saldrían volando antes de asesinar a alguien. Esto se debe a que cuando el soldado James aprendió a manejar el arma, cuyo tamaño era similar a un rifle pero más grueso, salió expelido hacia atrás, chocó contra la pared y cayó de bruces al suelo, soltando el Torpedo.

—¡Soldado!—bramó el capitán, deseando seguir riéndose por lo que acaba de suceder; pero no lo hizo— ¡Póngase de pie y firme!

J-J5 se incorporó con torpeza, agarró el arma con horror y se puso firme, advirtiendo al capitán Strauss acercarse a él. Eso sí, temblaba de terror por lo que acababa de ocurrir y J pudo jurar que algo similar debía ser la muerte en batalla.

—No se preocupe, soldado —dijo el capitán—. La armadura evitará que vaya hacia atrás.

—Eso espero.

—Bueno, con que sepa usar esa arma es suficiente para el atentado.

—No me siento preparado…

—Nadie está preparado, soldado, pero si de algo estoy sumamente seguro, es que ni los Condensadores malditos se esperan lo que la NOM les tiene preparado. ¿Quieres que tu hija se recupere? —Por un momento, J-J5 deseó romperle la cara al capitán por haber nombrado a su hija. Como no lo hizo, guardó silencio—. Entonces peleemos por nuestro país y por nuestra gente.

Capítulo 10

MENOS 11...

Y CONTANDO…

El soldado James se repetía una y otra vez la estrategia en su mente; no era lo mismo manejar una maquinaria o arreglarla cuando se averiaba. No. Esto era otro mundo, otra cosa distinta. Sin embargo, su tensión y su terror menguaron cuando Karla le ajustó el peto de la armadura cobriza con el escudo de la NOM en el pecho, teniendo unas botas largas hasta las rodillas del mismo color y más metal de protección es muslos y brazos, haciéndolo parecer un héroe a punto de salvar el mundo.

—Te hace falta la capa —comentó Karla, mordiéndose el labio inferior.

—No me alientes… Tengo mucho miedo. —Miró a su pequeña hija, a Mary, dormir en el lecho de un colchón desgarrado por un gato.

—Se fuerte, cariño. Sé que lo lograrás. —Aquellas palabras fueron seguidas por un beso en los labios que se intensificó cuando J-J5 la abrazó con fuerza.

En aquel acto —que en otras circunstancias hubiesen tenido sexo como en los viejos tiempos—, el soldado James deseó sentir el cuerpo de su esposa una última vez. Sin embargo la armadura lo evitaba, y ambos fueron interrumpidos por el grito del capitán Strauss indicando que esperaban por él. Karla se separó de J, le limpió los labios con el pulgar y dijo:

—Que la suerte te acompañe.

—Gracias. —Y la besó de nuevo, fugazmente.

Se despidió de su hija con un beso en la frente sudorosa y caliente. Juró que si sobrevivía, buscaría el medicamento o al doctor que le salvara la vida; pero por los momentos, que fuese fuerte mientras su padre daba la vida por el país. Después de aquel desgarrador adiós nocturno, los Inductores que manejarían la nave Kazaky 96 encendieron los propulsores, se elevaron unos centímetros y vieron al soldado James correr hacia ellos, subirse y ser recibido por Alejandro, quien le tendió el Torpedo-Magnum.

J-J5 asintió, el capitán Strauss ordenó que avanzaran hacia el Paseo Los Próceres para la última estrategia de la NOM.

Capítulo 11

MENOS 10...

Y CONTANDO…

Era 24 de Junio del año 3000, y el horror durante el vuelo se cernía bajo ellos. El Parque Central ardía en llamas, los Condensadores asesinaban a personas injustamente; las enormes pantallas publicitarias mostraban la foto de J-J5 con las palabras AMENAZA INMINENTE bajo su imagen.

—Oye, bro, eres famoso —opinó el teniente Gaesser.

¡Claro que J-J5 era famoso! Aunque la sangre de otros se derramara en su nombre.

—Estamos llegando, camaradas. Preparen armas —anunció el Inductor piloto de la nave.

Era 24 de Junio del año 3000, fecha en la que se celebraba la Batalla de Carabobo. No obstante, ahora se celebrará la Batalla de Carabobo y la infiltración de la NOM en Venezuela para poner un alto a la Tercera Guerra Mundial, cuyas vidas había cobrado de forma injusta. J-J5 preparó el Torpedo, se abrochó el cinturón de su asiento y, aunado a eso, se aferró con fuerza del agarre que colgaba de un costado, porque el Paseo Los Próceres de Caracas ardería en llamas… y tal vez cobrarían algunas vidas, pero lo que era seguro era que ardería en llamas.

Capítulo 12

MENOS 09...

Y CONTANDO…

El presidente Sarillo tomó asiento después de haber expulsado su odio contra la NOM y los Inductores, a su público. No le temía a nada que no fuese su propia imagen: grande, vanagloriosa, poderosa y asombrosa. Claro está, él siguió los pasos tal cual como los dio el ex mandatario nacional Hugo Chávez y al Führer Supremo Nicolás Maduro, para salvar a Venezuela de las manos de los tiranos Opositores. La historia de aquellos lejanos días se hubiera repetido, pero tras las invasiones y las nuevas cosechas en los países invadidos como Colombia, Perú y Ecuador, poco debía preocuparse.

Además, tenía a cientos de Condensadores marchando al son de la Marcha Socialista. Aquellas máquinas estaban armadas hasta los dientes; el muro invisible que mandó a levantar protegía a Venezuela de cualquier invasión y, prácticamente, nadie podía vencerlo. Excepto…

De la nada una alarma aulló en el cuartel Fuerte Tiuna. Muchas personas adoradoras del presidente Sarillo dieron un grito ahogado, los Condensadores se detuvieron de pronto, los guardaespaldas —también robots Condensadores— recibieron una información distorsionada que los hizo convulsionar, expulsar chispas por los orificios que hacían de oídos hasta volarle las cabezas, pues…

Una serie de detonaciones empezaron a explotar desde el final del Paseo Los Próceres y se extendían a toda velocidad al compás de una rapaz nave gris con el símbolo de…

—¡INDUCTORES! —gritó la canciller Delcina Estrada.

La nave pasó por delante del estrado presidencial, descargó más misiles que voló a pedazos a los Condensadores y envolvió todo en una ola de fuego y humo. Todos echaron a correr despavoridos; todos menos el presidente. Si no hubiera sido por el vicepresidente que lo asió del brazo, de seguro Sarillo se quedaría allí en su silla, petrificado y con el alma en un puño.

—¡Tenemos que irnos, señor presidente! —exclamó el vicepresidente.

Sarillo asintió con la cabeza. No llegarían muy lejos, pues la nave regresó y ahora aterrizaba delante el estrado presidencial.

Capítulo 13

MENOS 08...

Y CONTANDO…

Antes de aterrizar, la nave había tomado vuelo para retornar en una U hacia el Paseo. Momento preciso para que Alejandro, que se encontraba al lado de J-J5, le agarrara el hombro a su mejor amigo de toda la vida. Aunque J-J5 y A-J4 se conocieron en la Empresa PAN hace unos cuatro años atrás, eran los mejores amigos en conjunto con Mark. En aquellos momentos, eran ellos dos y Alejandro no perdió la oportunidad mientras se acercaban.

—No sé si vaya a vivir —dijo Alejandro—, pero quiero que tengas esto en tu mente para siempre. —Y se acercó al soldado James, lo besó en los labios con algo de rudeza y se separaron apenas la nave aterrizó, el capitán Strauss gritó que bajaran e iniciaran «La última estrategia.»

Capítulo 14

MENOS 07...

Y CONTANDO…

Se apearon de la nave que volvió a tomar vuelo para enfrentarse a los Cazas y Drones que se acercaban en pos de defender a la patria revolucionaria de Condensadores. Sin embargo, en la tierra tampoco sería nada fácil, ya que aquellas máquinas plateada de dos metros, huesudas y fáciles de destruir aparecieron sin previo aviso, disparando. Se llevaron la vida de dos hombres, pero los ocho que seguían con vida abrieron fuego contra ellos destruyendo a varios Condensado…

—¡Allá va! —gritó el soldado James, señalando las sombras del presidente Sarillo y el vicepresidente huyen…

De repente una serie de naves pertenecientes a los Condensadores aparecieron, disparando a la única nave Kazaky 96, y descargando hacia la tierra una lluvia de robots para destruir a los rebeldes entrometidos. No había escapatoria alguna.

Los robots, transformados en una caja metálica, cayeron de sopetón en el suelo pavimentado, levantando esquirlas y piedrecillas para crecer: las piernas surgieron del inferior de su caja torácica, los brazos a los laterales y la cabeza en la parte superior, para extraer de su espalda un arma similar al Torpedo-Magnum, pero estas…

—¡Cuidado! —bramó el capitán Strauss, escabulléndose al estrado presidencial.

Los robots abrieron fuego con sus cañones plasmas. Las esferas de un hermoso color verde explotaban en el suelo, levantaban fuego, esquirlas y humo que era roto cuando estos lo atravesaban y volvían a disparar. El soldado James, el capitán Strauss, Alejandro, Mark y otros hombres que el tiempo olvidaría, subieron al estrado, siendo atacados torpemente por los Condensadores hasta que uno de los Inductores cayó… y era Alejandro.

J-J5 se detuvo en seco al escuchar su alarido de dolor. Aquello hizo que su corazón diera un vuelco, trastabillara y se detuviera para ver a su mejor amigo con las piernas derretidas.

—¡James!—rugió el capitán— ¡¿Qué esperas?! ¡Date prisa!

Alejandro se percató que James lo estaba viendo, y también le devolvió la mirada con lágrimas surcando sus mejillas, emborronada de manchones negros. J-J5 echó a correr hacia él. Iba a salvarlo aún así él también

sufriese algo en su cuerpo, pero Alejandro le gritó que se devolviera, que lo dejara morir como hombre en batalla y que salvara el mundo. Cuando terminó de decir aquellas palabras, se dedicó a dispararle a los robots, derribando a dos. El tercero fue herido de un brazo, pero aquello no evitó que usara el otro y halara el gatillo del cañón plasma para que la bola…

—¡NOOOOOOOOO! —gritó J-J5, sintiendo las lágrimas brotar de sus ojos.

Un hueco humeante se formó en el tórax y en la espalda de Alejandro, quien jadeó, dio un alarido agudo que fue apagándose hasta morir. Enseguida, J-J5 abrió fuego contra los malditos robots que asesinaron a su amigo mientras subía a tientas las escaleras del estrado presidencial, en donde los asientos estaban desperdigados por doquier.

—¡Mueran, malditos! —decía a voz en grito el soldado James, disparando los láseres que se volaban en pedazos a los robots.

Tenía suerte de que la armadura fuese algo pesada. Amortiguaba el movimiento hacia atrás que producía el Torpedo-Magnum, y aquello era extremadamente bueno. Sin embargo, las balas láseres se acabaron y debía esperar que cargara hasta el 100%. Una horda de robots Condensadores enfurecidos apareció de improviso por entre el humo y el fuego del Paseo Los Próceres, abriendo fuego.

J-J5 echó a correr escaleras arriba, llegó al final del estrado y saltó el parapeto para cruzar al otro lado, poniendo sus pies en el Fuerte Tiuna.

—Allá al fondo está el presidente —dijo el capitán Strauss a Mark quien, entre las lágrimas y los ágiles movimientos, terminaba de preparar la bazucoide.

—Capitán —dijo J-J5—, vienen Condensadores para acá.

—El resto detengan a los Condensadores, y Mark… —Mark no miró al capitán, los miró a todos por igual— no falles.

—Entendido, mi capitán.

Cuando J-J5 le dijo deprisa a Strauss el estado de su arma, oyendo las zancadas de los robots acercarse por encima de ellos, el capitán le entregó su Torpedo-Magnum diciendo:

—Úsala mientras se carga la tuya.

—Gracias, capitán —respondió. Aunque era tan solo un civil y no un Inductor, sabía que debía decir «Entendido» en vez de gracias. Pero no lo

dijo.

—Bazucoide preparada —anunció Mark.

—Entonces mata a ese hijoputa ahora, soldado.

Capítulo 15

MENOS 06...

Y CONTANDO…

El presidente Sarillo maldijo a su chofer por haber aparcado la limusina tan lejos del Paseo Los Próceres. Estaban rodeados de Condensadores y el vicepresidente se protegía estúpidamente de los oídos. Solo a él, como comandante en jefe, se le ocurría elegir como a vicepresidente a un tonto con síndrome de Asperger, cuando necesitaba realmente un hombre con todos los hierros puestos, con todo…

Un silbido procedente detrás de él fue aumentando a medida que se acercaban a la limusina. Un Condensador gritó algo inentendible, el vicepresidente miró el cielo donde una batalla aérea se llevaba a cabo con fuego y humo, y un misil de bazucoide se llevó al hombre que estaba al lado del presidente Sarillo junto con otros dos Condensadores directo hacia la limusina, que explotó al impactar, desperdigando por doquier el metal del auto volador, los miembros humeantes que alguna vez conformaron el cuerpo del vicepresidente y levantado una colina de fuego anaranjado.

—¡A LA CARGAAAAA! —gritó alguien detrás de Sarillo. Muy, pero muy lejos de él.

El presidente se giró, vio a los Inductores correr por la colina que daba hacia el Fuerte Tiuna, portando arma en mano y siendo perseguidos por robots Condensadores.

Estaba perdido, estaba…

Sarillo esbozó una sonrisa triunfal

Capítulo 16

MENOS 05...

Y CONTANDO…

Los robots le volaron la cabeza a Mark, al soldado Briceño, a un teniente, a unos dos soldados más e hicieron nada las pantorrillas del capitán Strauss, quien gritó cayendo de bruces al suelo. J-J5 se dio media vuelta y vio a todos sus compañeros —a los que conoció en cuestiones de minutos, excepto a Mark, claro— yaciendo sin vida. Excepto el capitán que levantó la cabeza y gritó desgarradoramente.

El soldado James levantó el arma que pertenecía por derecho al capitán, levantó la suya y empleó ambos Torpedo-Magnum para volar por los cielos a los estúpidos robots, que se partían en cientos de pedazos.

—¡VAYANSE A LA PUTA MADREEEEE! —gritó J-J5 en una viva representación del legendario Rambo— ¡AAAAAAAAAAAAAH! —Y barrió de derecha a izquierda el terreno donde los robots se encontraban.

Tuvo suerte de que la armadura era pesada, pero cuando se trataba de dos armas de igual potencia se deslizaba unos centímetros hacia atrás. Aunque todo acabó cuando ningún robot Condensador apareció por el estrado presidencial, dándole oportunidad a J-J5 de acercarse al capitán, ponerlo boca arriba y evitar lo mejor posible ver la sangre que manaba de sus piernas amputadas.

—¡Capitán!, ¿con quién me comunico para que le salven la vida? —Era obvio que una ambulancia no iba a entrar en aquel territorio que se había vuelto bélico y peligroso.

El capitán Strauss miró con incredulidad y aflicción al soldado James, recordando que la nave Inductora había sido destruida también. Así son las batallas ¿no? Todo depende de la suerte, y aunque la suerte siguiera del lado de los Inductores, parecía dudar de si seguir apoyándolos con tan sólo un peón en el campo de batalla o cambiar al otro bando y mandar una horda más de Condensadores, y que acabar con J-J5 y el capitán Strauss.

—No llame a nadie, soldado. Vaya y asesine a ese imbécil de Sarillo. Destruya el muro invisible y…

—Y eso jamás sucederá —dijo una segunda voz: era el presidente Sarillo acompañado de dos Condensadores, que apuntaban a los dos hombres Inductores. —¿Quién eres? —preguntó el presidente, mirando de arriba

abajo al único hombre de pie, a…

—Soy el soldado James. —James se levantó del suelo, irguió su espalda y preparó sus Torpedos para cualquier momento—. Y soy el hombre a que usted le teme, porque también soy J-J5.

El presidente puso cara de horror; los Condensadores estuvieron dispuestos a agujerear la armadura del Inductor.

—¡Eres una escoria imperialista! —espetó el presidente Sarillo—. ¡¿Cómo se te ocurre arruinar la Nueva Revolución con idealismos que llevaron al mundo entero a la ruina?!

—¡Y tú llevaste a Venezuela a la catástrofe, Sarillo! Mucha gente muere de hambre, muchas personas mueren por estas máquinas en mi búsqueda, y otros mueren intentando buscar la paz hipócrita que tú dices ofrecer. Pero ya se acabó…

—Sí. —El presidente Sarillo asintió con la cabeza—. Ya se acabó. Aniquilen a este traidor a la patria.

Los Condensadores, sin miramiento alguno, se proponían a abrir fuego contra el soldado James cuando, de la nada, la cabeza de aquellos robots estallaron tras dos disparos láseres. J-J5 miró por encima de su hombro al capitán Strauss quien sostenía una pistolita láser, para desviar su visión hacia un presidente Sarillo aterrorizado mientras contemplaba a sus robots tambalearse sin cabeza, hasta caer de largo en el suelo.

—¡Monstruos!—gritó el presidente— ¡Asesinos! —Y acto seguido, rompió a correr colina arriba.

—¡No deje que se escape, soldado!—aulló el capitán Strauss— ¡Él tiene la llave para desactivar la barrera invisible!

Con un asentimiento de cabeza, el soldado James se dispuso a correr a todo pulmón en persecución del presidente. De tanto en tanto descargaba un disparo hacia su enemigo quien chillaba y brincaba, trastabillaba por el suelo repleto de maleza y piedras escondidas, para seguir corriendo sin detenerse. No obstante, una gigantesca nave perteneciente al bando Condensador cayó en la autopista que dirigía hacia el Fuerte Tiuna. La nave, bañada en fuego hasta en los rincones más insospechados, dedicó dos explosiones e iluminó la oscuridad que estuvo a favor de Sarillo gracias a su esmoquin. Pero ahora, que su imagen se hacía visible ante los ojos de la verdad, temblaba de pies a cabeza y…

—¡Alto allí, Sarillo!—exclamó J-J5, apuntándole con el Torpedo-Magnum— ¡Levanta las manos donde pueda verlas! —Para el resto de su vida, amará

esa frase sacada de películas de acción.

Sarillo, sin más remedio, giró sobre sus talones levantando las manos que se dibujaban con perfección en el incandescente fuego de la nave destruida.

—¿Qué quieres de mí, eh? ¿Quieres asesinarme, verdad? Pues aquí estoy, cobarde, dispara y mátame de una vez por todas. —El presidente sangraba por la nariz.

Una parte de J-J5 se debatía por asesinar a aquel genocida, darle un final trágico para él y uno feliz para Venezuela y Latinoamérica; se lo debía a mucha gente, se lo debía a los vecinos que perecieron en medio del descanso nocturno de esa noche… se lo debía a su hija enferma y a su mujer que luchaba con la esperanza de una mejoría como hace muchos años atrás.

—Desactiva la barrera invisible —ordenó J-J5.

El presidente bufó.

—Yo no puedo desactivarla, ¿y sabes por qué? Porque ustedes los Inductores fueron tan inútiles que se les olvidó que hay una base operacional que controla el muro…

—¡Mientes!—gritó, apuntando con su arma de forma salvaje al presidente— ¿Te gustan tus pelotas, verdad? ¡¿Te gustan tus bolas?!

El soldado James era atacado por la cólera. Apuntaba al hombre ante él directo hacia los testículos…

—¡No te lo cubras y enfrenta la muerte como hombre, carajo!

—¿Quieres dinero? Yo te lo puedo dar —decía el presidente—. Puedo hacer cualquier cosa, J-J5. Pero si me asesinas y dejas que la NOM invada a Venezuela trayendo ideologías vagas y estúpidas, nunca tendrás lo que todo hombre desea…

—¿Y qué desea un hombre? —quiso saber J-J5, más por amenaza que por curiosidad.

—El dominio absoluto del mundo.

—Te equivocas —le refutó—. Yo, como hombre, quiero la paz para el mundo y poner fin a esta guerra; sea Inductor o no, es lo que queremos todos. Ahora, desactiva la estúpida barrera y pongamos fin a esto de una vez por todas.

Capítulo 17

MENOS 04...

Y CONTANDO…

La flota de naves de la Nueva Orden Mundial habían llegado hace mucho, y flotaban estáticas ante la barrera invisible. Ciertamente, el muro era tan bien diseñado que ni los hologramas de monitoreo aéreo lograban dar con él; pero la Senadora Koruba, a cargo de la misión y esperando con paciencia en el puente de mando de su nave, sabía que allí estaba. Empero, sus hombres en batalla parecían incrédulos a creer aquello.

—Senadora —dijo el general Rowan de la armada norteamericana de la NOM, acercándose a la mujer—, ¿qué hacemos? ¿Cuál será nuestro próximo movimiento? Sarillo se enterará de que estamos aquí y…

—No se enterará porque no le conviene desactivar la barrera invisible.

—¡Ahí no hay ninguna barrera de mierda, Senadora! —chilló el general, impaciente.

La Senadora Koruba suspiró, volvió su mirada hacia un teniente y ordenó que dispararan un misil de crucero hacia la costa venezolana. Vacilando y sin preguntar, el teniente cumplió la orden.

—¡Senadora!—exclamó el general, horrorizado— ¿Está segura de…?

—Fuego —murmuró la Senadora.

De inmediato el misil salió despedido del casco inferior de la nave acorazada, impactando contra algo invisible que se delató así mismo, cuando, tras el choque y la explosión, unas ondas expansivas de color azul se extendieron a lo largo y ancho para desaparecer y recuperar la compostura a la barrera invisible.

—¿Ahora me cree?

El general tragó saliva, nervioso. Su frente sudaba.

—Sí, Senadora.

—Espere a mi señal. El soldado James está por concluir la misión.

—Entendido, Senadora. —Y acto seguido, el general se marchó.

«Dese prisa, soldado James —pensó la Senadora—. No hay tiempo.»

Capítulo 18

MENOS 03...

Y CONTANDO…

El tiempo era oro y en ese momento apremiaba. El presidente Sarillo se quitó el chaleco del esmoquin, desabotonó los tres primeros botones de su camisa blanca dejando a la vista su pecho peludo, donde extrajo un hermoso collar con un círculo rojo en el medio, que fluctuaba.

—Quítese ese collar y láncelo hacia mí.

—Cometes un grave error —farfulló.

—El peor error es haber votado por usted, cuando usted seguía los mismos idealismos socialistas de hace más de quinientos años.

Con desdén y rabia, el presidente lanzó el collar hacia el suelo. J-J5 se sobresaltó y dio un brinco hacia atrás esperando que explotara o hiciese algo impresionante. Pero no hizo absolutamente nada. Excepto, claro, la huida del presidente Sarillo quien se escabulló como un cobarde hacia el interior del Fuerte Tiuna; de seguro a buscar más Condensadores que lo apoyasen.

Era ahora o nunca. De repente escuchó una serie de explosiones, una serie de pasos en marcha aproximarse con rapidez hacia él; también oyó la voz alterada de Sarillo vociferando que allí estaba, allí estaba el traidor de la patria y que casi le mata.

—¡Tiene mi collar! ¡Lo ha robado ese traidor! —chilló con desespero.

Enseguida, los pasos de los cientos de Condensadores Militares echaron a correr por entre la oscuridad hacia J-J5. Aunque todo duró poco, ya que el soldado James apuntó hacia el círculo rojo del collar, rodeó el gatillo del Torpedo-Magnum con su dedo y disparó. La explosión fue estremecedora. El fuego se levantó brevemente para quedar solamente una colilla de humo que parecía burlarse del hombre que la invocó, pues J-J5 había caído de culo en la maleza sin oxígeno en los pulmones tras la detonación.

Capítulo 19

MENOS 02...

Y CONTANDO…

La barrera medía miles y miles de kilómetros. A según, llegaba hasta la atmósfera y se alimentaba de los rayos ultravioleta; sin embargo, cuando el muro invisible fue repentinamente desactivado, una franja luminosa de color rojo que se extendía a lo largo del borde superior empezó a descender a velocidades inimaginables.

Para cuando la Senadora advirtió la cortante luz escarlata aproximarse, anunció a sus tropas de inmediato, gritando:

—¡Preparen motores! Ya ha sido desactivada la barrera.

Todos los hombres aplaudieron. Entre todos ellos habían venezolanos, colombianos, peruanos, chilenos, argentinos, mexicanos y, por supuesto, norteamericanos; todos celebrando la caída de Sarillo.

—Y avísenle a la prensa. Quiero que estemos en primera plana.

Un «Entendido, Senadora» proveniente del general, se escuchó a lo lejos mientras las naves se ponía en marcha.

Capítulo 20

MENOS 01...

Y CONTANDO…

J-J5 corrió devuelta por donde vino, trazando en su mente una senda imaginaria inexistente para llegar hacia el capitán Strauss, que sangraba por la comisura de sus labios. Apenas se acercó al segundo sobreviviente herido, se arrodilló y puso la cabeza en su regazo, para oírlo preguntar:

—¿S-s-s-sarillo es-s-stá muerto?

—No lo está… me parece injusto que yo haga justicia, capitán. Dejaré que la NOM se ensucie las manos, pero yo no.

—B-b-b-bien hecho, s-s-soldado. —Y el capitán Strauss cerró sus ojos, dejando caer hacia atrás su cabeza… muerto.

De repente dos cosas empezaron a suceder casi simultáneamente: la primera era que los Condensadores se aproximaban a J-J5 a toda velocidad, aunque descendían con cautela la colina empinada por su diseño a terrenos planos y en ascenso, pero en descenso eran absolutamente torpes; la segunda era que el horizonte nocturno cubierto por nubes encima de una de las montañas de Caracas —siendo exactamente las cuatro y media de la madrugada—, empezaron a aparecer lucecillas amarillas con fogonazos rápidos. Aparecían y desaparecían a lo largo y ancho de la nube que fue rota cuando tres gigantescas naves irrumpieron definitivamente en Venezuela, estando intercambiando ataques con los Drones, aviones y Cazas del bando Socialista.

No había más nada qué haces: la Nueva Orden entró a Venezuela para traer la paz.

J-J5 dejó el cuerpo del capitán en el suelo, para correr hacia el refugio de Inductores y reencontrarse con su familia… una vez más.

000 Y FINAL.